

Aclaraciones sobre el socialismo

Por

Jorge A. Sanguinety

En un artículo anterior en esta columna (¿Transición hacia el socialismo? 8 de octubre de 2007) debí aclarar que me refería a un socialismo ortodoxo en el sentido marxista-leninista del término. En dicho artículo yo argumentaba que el régimen instalado por Fidel Castro en Cuba en los años sesenta no era precisamente uno socialista, modelando el del bloque soviético. Pero antes de entrar en el análisis, vamos a quitar del camino el término “comunismo” y la confusión que existe entre el mismo y la voz “socialismo”. El comunismo, definido por Marx y sus seguidores, no ha existido nunca en el planeta. Le llamamos comunistas a los regímenes que declaran su intención de alcanzar una utopía de la cual el socialismo marxista es sólo una fase preliminar. Y del mismo modo llamamos comunistas a aquéllos que desean y trabajan por la instalación de semejante sociedad en algún futuro indefinido. En este artículo nos enfocamos en el socialismo porque en rigor el comunismo sólo ha existido en la mente y en la retórica de los comunistas, aunque sus crímenes, actos de despotismo y demás abusos de poder han dejado una profunda y dolorosa huella en la historia reciente de la humanidad.

Decía que el régimen de Fidel Castro no era cien por ciento socialista por las siguientes razones: a) no tomó en serio la planificación centralizada de la economía, aunque montó la Junta central de Planificación después de las confiscaciones de 1960, b) nunca aplicó el principio cardinal del socialismo de esperar la producción “de cada uno de acuerdo con su capacidad” y distribuir el producto “a cada uno de acuerdo con su trabajo”, c) dedicó los recursos del país a una agenda política internacionalista a expensas del socialismo en Cuba, d) desvió los recursos hacia esos fines buscando una posición personal de líder mundial y en especial del Tercer Mundo y e) descuidó la capacidad productiva de la economía cubana hasta el punto de no lograr siquiera la “reproducción simple” en el sentido marxista, o sea, el mantenimiento de las capacidades existentes y mucho menos la “reproducción ampliada” o crecimiento económico.

Después del costoso fracaso de la zafra azucarera de 1970, Fidel Castro decidió retirarse de sus intervenciones en la economía, dejando la planificación en manos de unos supuestos expertos, pero ya el daño estaba hecho. Las empresas individuales, las consolidadas y sus respectivos ministerios carecían de la estructura organizativa y de los cuadros técnicos y gerenciales que se necesitaban para manejar la economía en el modo socialista. En la década de los sesenta, el reducto principal de economía socialista era el Ministerio de Industrias, a cargo del inepto Ernesto Che Guevara que siguió por su cuenta un programa estalinista de desarrollo económico, caprichosamente concebido y que era irrealista para Cuba. El mismo no prevaleció por falta de condiciones en el país y del apoyo de Castro y de la Junta Central de Planificación que el propio Castro no dejaba funcionar.

Todo esto significa que si Fidel Castro se hubiera tomado el socialismo marxista en serio, como parece que lo querían Nikita Kruschev, Raúl Castro y los comunistas del Partido Socialista Popular, la economía cubana hubiera sufrido un gran retroceso, pero no tanto como lo que ha sufrido bajo lo que puede denominarse el “socialismo fidelista”. O sea, hasta ahora, lo que hemos visto en Cuba es un disfraz de socialismo. Fidel Castro no mentía cuando dijo que él no era comunista. Su gran engaño fue hacerse pasar por comunista para quitarles a los comunistas su partido y birlarles a los soviéticos todos los recursos que consiguió y que ahora Rusia reclama.

¿Qué importancia tiene toda esta historia para nosotros? Mucha. Si el socialista verdadero todos estos años era Raúl Castro, se puede esperar que él tratará de instalar el socialismo marxista, en lo económico, pero manteniendo el sistema político totalitario que sí fue instalado al principio para que él y su hermano pudieran perpetuarse en el poder. ¡Ironías de la vida! En cierta medida lo que parece estar sucediendo en Cuba es una transición hacia atrás, hacia lo que los comunistas querían para Cuba desde 1959. Y de nuevo tenemos que preguntarnos ¿lo aguantarán los cubanos en la isla? ¿Qué podemos hacer desde aquí, además de protestar y denunciar, los que deseamos una democracia para Cuba y un régimen de plenas libertades individuales en un estado de derecho?

Se habla de dialogar, pero ¿dialogar con quién? También se habla de una reconciliación sin decir con quién. Yo francamente nunca he creído que tenga sentido dialogar o reconciliarnos con los miembros de la casta dirigente. Por un lado ellos no han dado muestra de desearlo, ni es moralmente factible entrar en negociaciones con ellos. El futuro de Cuba no se puede negociar con criminales. Estoy seguro que los que proponen diálogos y reconciliaciones estarían de acuerdo. Pero dialogar con los que están en posiciones intermedias, que no sean criminales, que tienen algún poder civil o militar y que desean el bien del país, puede tener posibilidades si los intercambios obedecen a un plan estratégico bien concebido comprometido con un cambio democrático en Cuba. Aquí yace una de las últimas oportunidades de esta generación de cubanos para influenciar el futuro de la isla, ahora que nos acercamos al cincuentavo año del castrismo.

Jorgeas730@aol.com

Arlington, Virginia, 16 de octubre de 2007